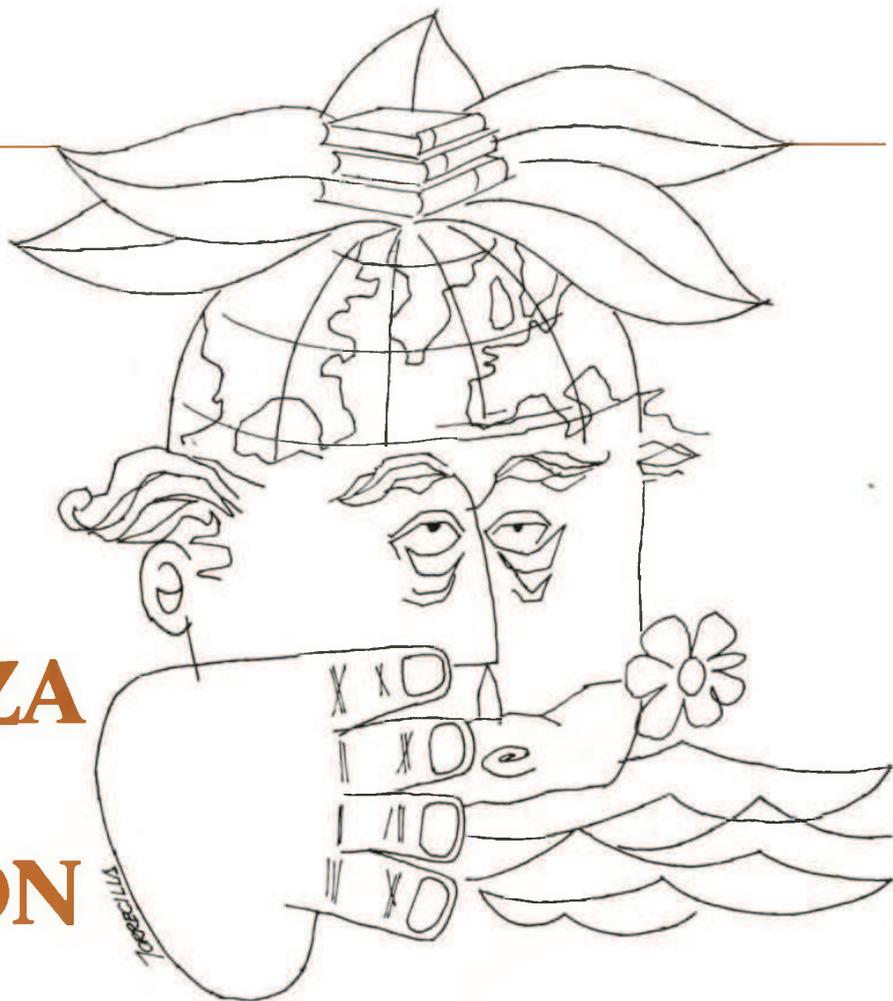


ENTRE LA ENSEÑANZA Y LA EDUCACION



Proponer el tema de la Enseñanza a una persona a quien se le va olvidando lo poco que aprendió no deja de ser una humorada. Y referido este mismo tema, a Guipúzcoa o al País Vasco, todavía más, pues afortunadamente, hasta ahora nunca ha entendido qué tiene que ver ni la Enseñanza, ni la Cultura, con los localismos, y el tema de la Enseñanza creo que debería ser universal, con una dimensión en la esfera de los universales al menos en la medida en que pudieran entenderlo cualquiera de los que sustentaron alguna teoría sobre esta cuestión importante de la lógica, desde Boecio hasta Santo Tomás.

Por otra parte es muy fácil reducir lo universal a lo más particular de cada uno, y, en este momento, forzoso me es decir que la Enseñanza me importa un rábano, ya que creo que no atañe, ni un poco, a mi vida privada, y porque siempre he pensado que, desde el punto de vista del que aprende, más importante que la Enseñanza es el Aprendizaje. Es decir, no creo en el Alumno, y sí en el Aprendiz, y quiero señalar bajo estas dos palabras, más que dos conceptos, dos actitudes ante la Enseñanza. O, lo que es lo mismo, en el Alumno hago residir la postura pasiva de aquél que recibe lecciones; en el Aprendiz, la del que, el interés por aprender, le nace de dentro, y quiere aprender y se pone y se dispone a ello.

Puestas así las cosas, y situada la cuestión de la Enseñanza en sus debidos términos, el otro planteamiento, que creo que viene implícito en la propuesta, de si la Universidad del País Vasco, etc., vuelvo a decir que me trae sin cuidado. Entiendo que esa puede ser una preocupación para los padres de familia, pero yo, deliberadamente, decidí no serlo; puede ser también interesante para cierta gente dedicada al profesorado, pero yo no me gano la vida enseñando a nadie nada (cosa que difícilmente podría aun proponiéndomelo), y por eso, mi respuesta a la cuestión es un ¡allá se las arreglen ellos!, que, todo lo que pueda tener de inhibición lo tiene también de tolerancia hacia todas las posturas que, dentro de este campo, se pueden sostener. Sostengo pues, la teoría de aquella madre de un predicador que se atascó en el púlpito en el momento en que hilvanaba unas

frases sobre la Resurrección de Cristo, pongamos por ejemplo. Ante la pertinacia en el atasco, algunos fieles osaron demandar sobre cómo fue el hecho, y hacerle proseguir en su discurso. Visto lo cual, saltó la madre desde «el congreso de los fieles», y soltó aquello de: «¡No les digas, hijo. Que aprendan ellos!».

Me deja pues, totalmente frío, el hecho de que los estudiantes vascos tengan que ir, a cursar sus estudios, a San Sebastián, Bilbao, Vitoria, Madrid, Zaragoza, Lovaina, París, etc. Cada uno que tante su bolsillo, elija el lugar, y ¡hala! Yo, de poder hacerlo, preferiría elegir Oxford o la Sorbona en lugar de Txantxarreka, pero ese es gusto particular que no es cuestión de hacerlo extensivo a todos. Aquel que pudiendo sacudírselo prefiere persistir en el mantenimiento de su personal «pelo de la dehesa» es muy dueño de hacerlo y no seré yo quien le diga lo contrario. Al fin y al cabo todo el mundo tiene derecho a sustentar ideas de «ceporro», y los que vamos ya muy adelante por la vida difícilmente nos dejaremos sorprender por opiniones disidentes de nuestra manera de pensar. Más bien al contrario, mientras más se va rodando por el áspero declive de los años, se nos va prendiendo la peregrina idea de que, cuantos menos estén con uno, pues mejor, y si se pudiera estar sólo, una maravilla. Puede ser también que, este sentimiento no compartidor no prenda en todos, ni aún con los años, pero yo hablo únicamente, eso es lo bueno, de mí mismo, y sólo de esta dimensión particular me responsabilizo.

Otra cosa sería, acaso, si, en lugar de la Enseñanza se nos hubiera puesto, como punto de meditación o de examen, la Educación. Porque en este punto sí que es evidente que no todos podemos adoptar la postura de lujo de colocarnos al margen. Un maleducado, más que uno sin educación, puede atentar, gravemente, a nuestra comodidad, que es uno de los derechos a que más nos vamos aferrando en el curso de nuestra existencia. Pero por lo que se observa, bien se ve que es ésta una disciplina, o caducada, u olvidada, que para el caso es lo mismo.

SANTIAGO AIZARNA